Manuel Alejandro Luna Gómez

Oratoria y Textos Políticos

Prof. Diego Cediel

**Hugo Chávez: La mentira política teñida de rojo**

La mentira ha tenido desde siempre una gran connotación en política. En el mundo contemporáneo se vislumbra como parte característica y esencial del Estado, de manera puntual, como una máscara de su lado invisible. Este es el que Norberto Bobbio define como aquel que se vale del secreto para ejercer el poder sobre los gobernados. Si bien es cierto que la crítica que este autor desarrolla en *Democracia y secreto* es una exhortación a las democracias del mundo para que abandonen esa invisibilidad; también toma postura frente a los regímenes totalitarios y autoritarios del mundo. Es por esto que el principal propósito del presente ensayo es responder a la pregunta: ¿Cómo incidió la mentira política en la consolidación del régimen autoritario dirigido por el chavismo en Venezuela? Ante tal cuestionamiento, se plantea que la mentira política contribuyó con el afianzamiento de Hugo Chávez en el poder a través de la demagogia y del repudio al pasado; de la propaganda estatal; del hermetismo y de la clandestinidad estatal en el marco de algunos asuntos internos y externos.

La llegada del chavismo al poder no fue más que una mera respuesta del pueblo venezolano, con un leve tinte vengativo, a la intentona de gobiernos predecesores de ingresar a Venezuela en el proyecto neoliberal del hemisferio. Asimismo, se trató de un grito desesperado ante la insostenibilidad del modelo rentista y populista que aún cobijaba al país y que fue predominante desde el regreso a la democracia en 1958. También el componente de la corrupción jugó un papel importante. Es así como la conjugación de estos elementos ha determinado un régimen autoritario que se acerca cada vez más al totalitarismo. Al respecto, Koyre sostiene que: “Los regímenes totalitarios y autoritarios no son sino conspiraciones, resultantes del odio, el miedo, la envidia, nutridas por un deseo de venganza, de dominación, de rapto…” (p.14). Si se remite a la campaña política de los comicios de 1998, la constante en las toldas del Movimiento Quinta República[[1]](#footnote-1) fue la evocación, con cierto grado de repudio, a lo que ellos denominaron la Cuarta República.

Esta última fue la resultante de la Constitución de Punto Fijo[[2]](#footnote-2) que, según el grueso de chavistas, era la madre de los males que azotaban al país. En este punto, la cuestión no es que el chavismo lograra encarnar una fuerza política renovadora que se hizo con el poder y logró mantenerlo gracias a una convicción volcada hacia el autoritarismo. Por el contrario, lejos de representar una posición clara en el espectro político, en tanto propugnaba por un nacionalismo difuso al tiempo que no escondía su profunda admiración por el régimen de los Castro en Cuba; se ha encargado de mostrar a lo largo de estos años la disimilitud de sus militantes y como el elemento de repudio hacia la clase política tradicional de la mano de un fuerte componente de mentira (ingrediente de campaña) es su único cohesionador.

Respecto al proceso electoral hay mucho por decir. En aquel momento, Chávez se paseaba por distintos canales de televisión concediendo entrevistas en las que afirmaba no tener nada que ver con el socialismo y estar dispuesto a respetar la propiedad privada, entre otras cosas. Es claro que de su parte no hubo cumplimiento de tales afirmaciones. En un sentido maquiavélico, y como se hace la analogía en *El Príncipe*, el político debe saber cuándo ser zorro y cuándo león. La alternancia entre ambos es menester de su oficio. El dirigente venezolano supo acomodarse al contexto de 1998 en el que sabía que, por la elevada abstención de votantes de la masa popular, debía convencer a los electores de clase media con un discurso moderado. Posteriormente, no tuvo reparos en destapar la verdadera faceta de su figura política al aceptar abiertamente su cercanía a la izquierda y su interés de emprender un proyecto nacionalista. Ello le permitió aprovechar la inconformidad de los venezolanos para afianzarse y tener una base electoral poderosa que hasta hace muy poco tiempo se mantuvo compacta.

Spanakos (2011) sostiene que Chávez: “…se enfocó en el resentimiento preexistente de los micro-públicos venezolanos abriendo espacios políticos y un discurso a los excluidos y estableciéndose a sí mismo como representante de la voluntad del pueblo y su único defensor[[3]](#footnote-3)” (p. 19). Posteriormente, se siguió alimentando de la mentira estando en el poder. La capacidad propagandística que logren tener quienes estén al frente del Estado es de suma importancia por cuanto así se puede difundir con facilidad lo que se quiere inculcar en el pueblo. En ese orden de ideas, el Partido Socialista Unido de Venezuela logró hacerse con el aparato de difusión estatal y aplacó los demás medios de comunicación que pudiesen representar una amenaza. Esto tuvo lugar tras el golpe de estado en abril de 2002.

Si el chavismo no hubiese podido dominar los canales de trasmisión de información, el manejo de la mentira le habría estado vedado. De ahí la necesaria intromisión en el canal oficial del Estado como vehículo de control. Después de los sucesos golpistas tuvo lugar una larga trasmisión del presidente Chávez en la que lanzaba consignas agresivas en contra de la oposición y de su supuesta responsabilidad en hechos atroces que tuvieron lugar aquel día. Esto generó profundas diferencias y contribuyó a una mayor polarización política al tiempo que el caudal electoral del mandatario iba en crecimiento y esto contribuiría a su eventual reelección.

A propósito de las cualidades enunciadas por Maquiavelo en *El Príncipe*, de las cuales todo mensaje político debe estar dotado, Hugo Chávez supo conjugarlas en su discurso. En cuanto a la bondad, el presidente demostraba una cercanía con las clases populares y sus necesidades. Si se habla de buena fe, la confianza que depositaba en sus colaboradores más cercanos permite inferirla. Tal fue la alocución en la que ungió a Nicolás Maduro como su sucesor. La integridad se manifestaba en su vida alternada entre la política, su familia y lo castrense. El Chávez padre y abuelo era visto con mucha gracia por sus seguidores. Finalmente, la religión se hizo palmaria en su imagen cuando se aferró a un crucifico por la enfermedad que padecía. No cabe duda la abismal diferencia existente entre el político venezolano y Alejandro IV (Rodrigo de Borgia). No obstante, si hay algo que los une es el hecho de que pese a no ser mansos, fieles, humanos, leales, religiosos; es indudable que lograron aparentarlo.

Otro de los momentos en los que se ha hecho expresa la mentira como medio favorecedor del poder para el chavismo fue la enfermedad del presidente. Fue sólo hasta que hubo presión internacional que el hermetismo que mantenían sus colaboradores se acabó. En este caso, para no despojar a la mentira de su sentido de afectación a alguien y no dejarla en términos tan genéricos, es necesario mencionar la cláusula a la que la somete el derecho. Ella permite entender por qué con la falsedad en los testimonios durante la agonía de Chávez, se afectó a todo un pueblo que acababa de elegirlo como su presidente pero que no tomó posesión del cargo como la Constitución lo demanda. Se tiene que:

Así, definida simplemente como una declaración deliberadamente no verdadera (*unwahre Declaration*) contra otro hombre, la mentira no tiene necesidad de la cláusula según la cual debería perjudicar a otro, cláusula que los juristas exigen para su definición (*mendacium est falsiloquium in praejudicium alterius*). Pues siempre perjudica a otro: aunque no fuera a otro hombre, sí a la humanidad en general, ya que descalifica la fuente del derecho (la pone fuera de uso: *dic Rechtsquelle unbrauchbar macht*)»

(Derrida, 1995, p. 8)

En materia internacional, la mentira fue protagónica en tiempos en los que el régimen que gobernaba Argentina tambaleaba. En un reconocido artículo de la revista *Veja* de Brasil, se hicieron públicos los acercamientos clandestinos entre el gobierno venezolano y el iraní. Ante los ojos del mundo se estaban tocando temas de comercio de uranio entre ambos países. Sin embargo, lo que reveló el medio carioca fue que existía un intercambio entre Buenos Aires (Kirchner) y Teherán (Ahmadinejad) para encubrir los atentados en territorio del primero perpetrados por el segundo (1994). El intermediario era Hugo Chávez. Asimismo, se publicaron declaraciones de exiliados venezolanos que hacían parte del oficialismo y, según los cuales, existían rutas de coca que salían desde Caracas con rumbo a Irán. En todo caso, lo importante aquí es el empleo de la mentira con el objetivo de realizar encubrimientos a otros países y fortalecer sus relaciones.

Bien podría decirse que la verdad en tanto hábito operativo bueno (es decir virtud aristotélica), es loable a la luz del acto de gobernar. Esto, por cuanto la mentira en sí misma y como se ha representado, contribuye a la legitimación de poderíos y banalidades no apetecidos. Pero la veracidad no conduce necesariamente al bien. Bajo esta consideración, se estaría tratando de un falso dilema en el que la mentira se desprecia y la verdad termina siendo conveniente porque no hay nada rescatable en su contraparte. El buen gobernante debe saber alternar ambas pues la segunda no es del todo buena. En ciertas ocasiones, esta se presta para justificar corrientes de pensamiento dominativas o no queridas, que apelando justamente a esas sentencias verdaderas (convertidas casi que en aforismos) logran encajar y manipular la configuración de la sociedad. Esto se puede rastrear al atravesar el Atlántico y revisar algunos casos disímiles.

Francia lo experimentó a propósito de la culpa histórica que el mundo le adjudicaba tras la Segunda Guerra Mundial por haber sido un régimen colaboracionista. La responsabilidad del Estado francés, pregonada por Chirac, en crímenes de lesa humanidad y otras contravenciones al derecho internacional cometidos a nombre de la nación en tiempos de Vichy, es innegable. Sin embargo, “…las consecuencias de esta veracidad y de los términos en los cuales se puso en práctica acarrearían graves riesgos, por ejemplo el de legitimar, a su vez al *pétainismo* y alentar a todas las fuerzas que hoy necesitarían acreditar la idea de que Pétain, es Francia” (Derrida, 1995, p.11). En efecto, los predecesores del presidente, entre ellos Mitterrand, habían tratado de eximir a la República que, ocupada de manera violenta por los alemanes, no tenía por qué responder ante el mundo frente a tales acusaciones. El meollo del asunto no estaba en el grado de mentira que acompañaba esta justificación sino en la manera como lograba adormecer nacionalismos exacerbados y movimientos políticos de extrema derecha.

En conclusión, el derrotero del chavismo a través de la mentira política ha estado determinado así: (I) Una campaña política con alto grado de rechazo a los gobiernos pasados pero también por la falsedad en sus declaraciones (II) El uso de la propaganda estatal acompañada de la anulación de las libertades de expresión de los medios de comunicación para propagar de manera efectiva la mentira (III) La tergiversación de la información para dilatar procesos políticos como el que debía ser el llamado a elecciones al no estar el presidente en capacidad de seguir al frente de Venezuela y (IV) Un modelo de encubrimiento de la mano de otros países como vehículo fortalecedor de las relaciones internacionales del país sudamericano.

**BIBLIOGRAFÍA**

Bobbio, N. (2013). *Democracia y Secreto.* México: Fondo de Cultura Económica.

Canache, D. (2002). From Bullets to Ballots: The Emergence of Popular Support for Hugo Chávez. *Latin American Politics and Society,* *44*(1), 69-90. Retrieved from http://www.jstor.org/stable/3177111

Derrida, J. (1995). *Historia de la mentira: Prolegómenos.* Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Koyre, A. (2015). *La función política de la mentira moderna.* Madrid: Pasos perdidos.

Maquiavelo, N. (1998 edición). *El Príncipe*. Madrid. Editorial Espasa Calpe.

Pomerleau, C. (2011). Populist Authoritarian. *The Review of Politics,* *73*(2), 336-339. Retrieved from http://www.jstor.org/stable/23016392

Spanakos, A. (2011). Citizen Chávez: The State, Social Movements, and Publics. *Latin American Perspectives,* *38*(1), 14-27. Retrieved from http://www.jstor.org/stable/29779304

1. Partido político de Hugo Chávez. [↑](#footnote-ref-1)
2. Constitución predecesora a la promulgada en 1999 promovida por Chávez. [↑](#footnote-ref-2)
3. Texto traducido. Original: He focused the preexisting resentment of Venezuelan micropublics by opening political space and discourse to the excluded and establishing himself as the representative of the will of the people and its sole defender. [↑](#footnote-ref-3)